

CAPÍTULO 5

LA TORMENTA.

La lluvia le golpeaba los ojos, un enorme manto formado por millones de gotas lo cubría todo y a todos. No tenían ganas de seguir. No iban a volver jamás allí, al centro del horror y de las miserias humanas. Ellos no eran hermanas de la caridad, precisamente. La más joven había matado a cientos de personas sin pestañear si quiera y el más viejo había crecido en un mundo donde nada es lo que parece y donde la familia toma un concepto muy poco agradable que no invita, precisamente, a descansar en su seno. No eran unos nenazas, y sin embargo allí estaban, mirando al horizonte sin ver nada, escuchando el ruido del tráfico, las voces de los ocupantes de los coches y la lluvia golpear las carrocerías, incluso Kitano podía escuchar el ruido de los tacones de aquellas ilusas mujeres corriendo hacia el portal más cercano, riendo entre ellas, con sus bolsas de Cerruti o de Carolina Herrera, descansando en su mullido cojín de protección, ignorantes de lo que realmente ocurría en la tierra, exactamente a unos metros por debajo de ellas.

No querían pensar en nada de lo ocurrido. Poco a poco sus pies se fueron moviendo inconscientemente, primero uno, luego otro. Dejaron atrás la boca del metro por donde habían entrado unas horas antes y siguieron caminando, como muertos vivientes, hacia el coche. Cruzaron un mar de personas malhumoradas, paraguas y empujones y aterrizaron en la acera de enfrente, ahora vacía. Un póster pegado en el escaparate les hizo volver a la realidad: Una pequeña y preciosa niña abrazaba feliz un oso enorme y marrón. Una niña rubia, con los ojos azules, mejillas sonrosadas... una niña, sólo una niña.

Se estaba haciendo tarde. En su sección sólo quedaban las señoras de la limpieza y él, sentado, dándole vueltas a la conversación que tuvo hace unas horas con su amigo de la infancia. Algo no cuadraba, pero ¿El qué? Desde que tenía uso de razón se recordaba a sí mismo

CAPÍTULO 5

persiguiendo el crimen y la desigualdad allá donde se escondiera, pero lo que no sabía era que eso mismo se encontraba en su casa, en su barrio de toda la vida. Siempre se decía a sí mismo que era normal que no se diera cuenta, si creces creyendo que algo es normal, ese algo siempre será natural, aunque sea un hecho delictivo. Y aunque se repetía eso una y otra vez él sabía perfectamente que estaba equivocado, y que él siempre había conocido la existencia de aquellos actos y la había ignorado. Lo había hecho porque no quería enfrentarse a la realidad.

Por ese miedo se había ido a estudiar lejos de Nueva York, a la costa oeste del país, quiso entrar en el FBI y lo consiguió a la primera, y gracias a sus logros conseguidos con un eficaz trabajo, en seguida fue subiendo en posición hasta ser nombrado detective, que no estaba nada mal para no haber cumplido todavía los treinta. Sin embargo el destino le tenía guardado una mala pasada. Estaban investigando unos asesinatos sin mucho sentido, todos estaban relacionados de una u otra forma con la mafia, fuera ésta rusa, italiana, polaca, japonesa, china o americana. Dos incluso habían pasado información a la policía. Diferentes personas, en distintos lugares, y sólo una pista: Una bala del mismo calibre en todas las escenas del crimen. ¡Pero ni siquiera eran de la misma arma! En ninguno de los casos habían aparecido testigos importantes, en uno de los escenarios la mujer de la víctima se encontraba con él en su casa y ni siquiera escuchó un ruido extraño. Había sido una sombra.

Tardaron semanas en encontrar un posible sospechoso, un supuesto asesino a sueldo que estaba trabajando por la zona centro del país, lo cual no era precisamente estrechar el cerco. Pero, casualidades de la vida, el día en que su compañera y él habían conseguido la orden del juez para registrar su casa y pertenencias, todas ellas habían ardidado con su dueño dentro, y dentro de éste una bala del mismo calibre. Aquello fue demasiado, decidieron destinarlo a una zona con mayor movimiento, donde se sintiera a gusto, como en casa.

En algún reloj sonó las once en punto, y Rómulo Reeze decidió que ya era hora de

CAPÍTULO 5

marcharse. Apagó su ordenador y se despidió de María, una de las limpiadoras, que estaba pasando la aspiradora por su zona. Cuando llegó el ascensor y la anodina música ambiental llenó el aire calló en la cuenta. Desde que había llegado a Nueva York todos los casos que le asignaban estaban relacionados con la mafia italiana y la familia de Matteo Cardone, seguramente los de asuntos internos creían que estaba ligado a ellos de alguna forma y que seguro estaba comprado. Y en parte tenían razón, pero también se equivocaban.

Su colega se había arriesgado mucho al contarle lo que había pasado, ellos estaban investigando por su cuenta pero, por desgracia, daba la impresión de que ningún grupo de crimen organizado estaba detrás del secuestro de la niña. Una cosa le había quedado clara después de pasar en su barrio la infancia y adolescencia: nunca, nunca, te metas con la familia de nadie porque eso es la más profunda razón para declarar una guerra. Ése era el primer mandamiento de los grupos de la zona, y todo el mundo lo acataba, a no ser que quisiera un baño de sangre. Y ya nadie quería, los tiempos en que varias familias se mataban en las calles habían desaparecido. Seguían los tiroteos, los ataques directos y toda esa parafernalia, pero por desgracia los que sufrían más bajas eran las nuevas bandas callejeras, surgidas a partir de los ochenta en los barrios más marginales de las ciudades. A veces, las grandes mafias patrocinaban a una o más bandas pequeñas para que hicieran el trabajo sucio. Sin contar que era la mejor forma de entrar en nuevos mercados.

No, lo tenía claro, si el secuestro de la pequeña hubiera sido por venganza o chantaje, ahora mismo reinaría el caos en las calles y cientos de helicópteros violarían la prohibición de sobrevolar Manhattan para grabar una exclusiva. Así que, ¿Quién quedaba que fuera capaz de secuestrar a la nieta del último gran capo italiano? Sólo se le ocurría una cosa: Cualquiera capaz de hacer lo mismo con cualquier niña, lo que tampoco solucionaba demasiado.

Su mayor problema residía en que no podía contarle a nadie de la agencia lo sucedido, ya que si encontraran cualquier indicio, por mínimo que fuera, de relación mafiosa dentro de la

CAPÍTULO 5

“desaparición” de la niña, su abuelo y la mitad de la familia acabarían entre rejas, y se crearía tal caos dentro de las familias italianas que el recuerdo de la pequeña ardería en los fuegos del olvido. Y si no lo contaba, y lo pillaban investigando, él sería quien acabara con sus huesos en la cárcel.

Por eso mismo odiaba Nueva York, y odiaba aquella sucia lluvia que se le calaba hasta los huesos y que le hacía sentir aún más sucio de lo que ya estaba.

Con lo que ganaba tenía que marcharse a casa en metro, “menos mal – se dijo – que a esta hora se puede respirar.” Y entonces fue cuando la vio. Le pareció un fantasma, una de esas personas que es capaz de pasar desapercibida en cualquier momento y lugar, y sin embargo, una vez te percatabas de su presencia te parecía una mujer joven, guapa y atractiva. Pero como los fantasmas, después de hablar con un tipejo con cara de pocos amigos, desapareció. El reloj que descansaba en el bolsillo de su chaqueta marcaba las doce menos cuarto.

No había forma, el tren no llegaba y no volvería a casa antes de la una de la mañana. Aún tenía que coger el metro, cruzar medio Manhattan y atravesar el puente de Brooklyn, esperar tres paradas más y caminar durante media hora las doce manzanas que separaban la boca del metro y su portal. Muchas veces se preguntaba porqué lo hacía, su sueldo le daba para alquilar un estudio en la isla, seguro que cutre y sucio, pero en la isla. Sin embargo allí tenía un gran piso, con tres habitaciones, un baño, una cocina nueva y un salón grande y acogedor. No lo compartía con nadie, y no parecía que en un futuro cercano ninguna mujer ocupara junto a él aquellas paredes, pero tarde o temprano conocería a alguien, se enamoraría y ya tendría un hermoso hogar para convivir el resto de sus días.

Siempre lo había hecho, desde pequeño había planeado lo que necesitaría en el futuro y cuánto le costaría. Necesitaba planificar su vida, saber que al año siguiente habría cumplido uno de

CAPÍTULO 5

sus objetivos era lo que lo mantenía cuerdo en un mundo de locos. Pero eso no le gustaba a demasiada gente, ¿Porqué, se preguntaban, vas a dejar de disfrutar de la vida sólo porque dentro de cinco años necesitarás dinero para pagar una hipoteca? Le daban igual toda esa gente, vivía bien así y su tren de vida no estaba nada mal. Si tenía que tardar más de una hora en llegar a su casa no pasaba nada, él lo había elegido, otros no tenían esa opción.

Por fin el ruido del tren moviéndose en la oscuridad lo sacó de su ensimismamiento, no había mucha gente esperando, y dentro de los vagones había mucho sitio libre. “¿Ves? – Se dijo a sí mismo – incluso hay una parte positiva en coger el metro a una hora tan avanzada.” Eligió qué sitio iba a ocupar cuando el tren, con tres cortos pitidos de advertencia, cerró sus puertas y reemprendió la marcha. No habían recorrido ni cincuenta metros cuando dos disparos rompieron el vaivén monótono del metro. Muy pocos lo habían escuchado, los que lo habían percibido miraban de forma nerviosa fuera del vagón, pero la oscuridad era absoluta. No podían hacer nada, alguien informaría a la policía de lo ocurrido, y todo seguiría tan normal.

Aunque había que reconocer que Nueva York había evolucionado enormemente desde los ochenta, donde las calles de la ciudad se parecían más a enormes nidos de ratas, había una cosa que no había cambiado en aquellos veinte y pico años, la gente. Escuchaban un tiro y a no ser que éste fuera a menos de diez metros, ¡ni se inmutaban! Era algo digno de estudiar. Incluso después del 11-S los neoyorquinos se preocupaban más de si algún supuesto terrorista había guardado una bomba en la papelera de al lado de su trabajo, que de la gente que se mataba en los barrios marginales.

Una cosa le había quedado clara cuando volvió de su “exilio” voluntario, los habitantes de la ciudad más cosmopolita del mundo eran unos hipócritas, preferían preocuparse por cosas que, por su abstracción, estaban completamente separadas de sus vidas que por los problemas que día a día veían por las calles de su ciudad: Drogas, prostitución, mafias... Pero como le había dicho una vez su tío abuelo, Nueva York había sido fundada por delincuentes y gente que miraba para otro lado, y

CAPÍTULO 5

seguía poblada por la misma basura.

Ya le daba igual, nunca se había sentido neoyorquino del todo, nunca se había sentido demasiado a gusto entre sus edificios, pero no le quedaba otra. Decidió que por una vez ayudaría a los que perseguía: una niña no tenía la culpa que sí cargaba el resto de su familia, él no se convertiría en una de esas personas hipócritas. A la mañana siguiente investigaría el colegio donde la pequeña estudiaba, fama, historiales del profesorado, recientes despidos o incorporaciones, etc. Era lo único que podía hacer sin que los de Asuntos Internos se lanzaran a su cuello, y lo haría. Al fin y al cabo los criminales, aunque tenían la ventaja de que pensaban como tales, tenían un gran defecto: no sabían, no tenían ni idea de cómo llevar una investigación. Estaba seguro que no habían investigado sobre el colegio, o sobre las personas cercanas a la familia directa, compañeros del padre, amigas de la madre, posibles amantes... Eran detalles que a un delincuente se le escapaban, lógicamente, pero que podrían ser muy útiles.

En su instrucción en la academia les habían dicho que cuando un niño desaparece o muere el responsable en la mayoría de los casos es alguien de la familia o cercano a ella.

Con todas aquellas ideas ya había llegado a casa, y subía por el ascensor cuando se percató de que una figura oscura lo acompañaba en el habitáculo. La figura levantó la cabeza dejando ver unos ojos profundos, una tez pálida y una melena larga y lisa, Rómulo ya había visto a esa mujer. Fue en la parada del metro, una hora y media antes, pero no era la misma, aquella tenía brillo en la mirada, y ésta parecía tener dos agujeros negros por pupilas. En su mano derecha portaba una katana, y antes de que el agente pudiera sacar su pistola la hoja de la espada descansaba sobre su cuello. La mujer estaba pegada a él, podía notar la respiración calmada, el pulso tranquilo, de su agresora. En ese instante supo que iba a morir, cerró los ojos y esperó el golpe mortal.

El sonido del ascensor marcando la llegada a una planta hizo que abriera los ojos, se

CAPÍTULO 5

encontraba solo. No había ninguna pista que indicara que, segundos antes, una mujer había estado a punto de cortarle el cuello. Era más, no había tenido tiempo de salir del ascensor... “¿Cómo coño lo ha hecho? Si ni siquiera he notado que se separaba de mí... dios, ¿Me estaré volviendo loco?” En ese momento bajó la vista al suelo y descubrió un hermoso anillo. Era de oro blanco y tenía un pequeñísimo diamante en su centro. Sin darse demasiada cuenta Rómulo se deslizó el anillo en uno de los bolsillos de su americana y salió del ascensor en su planta, la quinta.

Tenía la mano aún en el bolsillo y sus dedos jugueteaban con el objeto circular. Caminaba hacia su puerta, sabiendo que ese pequeño objeto era lo único que en esos momentos cruciales de su vida lo mantenía cuerdo.

Stuart estaba cabreado, muy cabreado. Aquella iba a ser la noche en la que su último tesoro descansaría con el resto. Tenía poco tiempo para organizarse y aquello le parecía una jugarreta del destino.

La niña no estaba donde debería, habían otros muchos niños, pero ella no. Tenía que ser la preciosa niña que había descubierto semanas atrás. ¡Y no estaba allí! Se obligó a calmarse, ponerse nervioso no solucionaría su problema. Tenía que solucionarlo cuanto antes, pero no sabía cómo. Iría a su casa, la buscaría allí, seguramente sus padres habían cambiado la tónica de todos los días, un cumpleaños, una cena importante... Debía averiguar qué era lo que había ocurrido, su vida dependía de ello.

Tardó más de tres horas en atravesar toda la ciudad en coche, los padres de su niña habían decidido mudarse a la noventa y nueve oeste, al lado del parque de Juana de Arco. Allí se dio cuenta de que la única forma de verla era esperando a que saliera o entrara. Eligió una esquina

CAPÍTULO 5

ensombrecida por la inexistente bombilla de una farola y esperó. Una sonrisa se dibujó en el demacrado rostro cuando una pequeña figura apareció bajándose de un ford focus azul. Un hombre de unos cuarenta años la alzó en sus brazos y la llevó hacia el portal. La sonrisa de Stuart se hizo más grande cuando vio saliendo del coche la figura de una hermosa mujer que sería su llave para entrar en su vida y cambiarla para siempre.

Palucci cerró la puerta de su casa con suavidad, como si hubiera alguien a quien no quisiera molestar. Se descalzó en el oscuro salón, dejó los mocasines al lado de su sillón preferido y el cinturón sobre éste. Ya se sabía la localización de todos los muebles de la casa de memoria, no necesitaba encender la luz. Aquella noche, con la lluvia golpeando las ventanas como si de un tímido invitado se tratara, le parecía un sacrilegio hacerlo. Su corazón estaba hundido en la más profunda oscuridad y no creía que fuera capaz de salir de allí nunca.

Antes de llegar se había quedado, como siempre, parado delante de aquella cabina. Como todas las mañanas de todos los días desde que había llegado a la ciudad se había quedado mirando la silueta del teléfono público como alguien que espera una señal de algún tipo. Sin embargo esta vez se acercó, metió un dólar en monedas y marcó el número que flotaba en su memoria. Le contestó la voz de una mujer joven, cansada, “¿Quién es?” preguntó por segunda vez la joven.

- Hola, soy yo. No, no me cuelgues por favor. Sé que me he comportado como un auténtico imbécil, que no he sabido apreciar todo lo bueno que hemos tenido juntos. Pero arreglar lo nuestro no creo que sea lo más justo para ti, ya has sufrido demasiado por todos los disgustos que te he dado. Sólo quiero que sepas que cuides con muchísimo celo lo mejor que hemos sabido crear. Si quieres estaré a tu lado cuando tengas a la criatura, lo cuidaré muchísimo mejor de cómo me cuidaron a mí, le daremos una buena familia, aunque no estemos juntos. ¿Sabes? Me gustaría que si fuera una niña la

CAPÍTULO 5

llamáramos Alexandra, es bonito ¿Verdad? Si es niño podríamos llamarlo como a tu hermano, creo que le haría bastante ilusión. – La voz intentó cortarle “Jake...” dijo, pero éste no la escuchaba, estaba abriendo su corazón antes de que dejase de sangrar, antes de que no se atreviese a compartir lo que sentía por miedo a que el dolor le matara. – Ya... lo supongo, no quieres que tenga nada que ver con el crío. Lo entiendo, ¿quién querría tener un padre como yo? Pero he cambiado, tengo una bonita casa y pago todas las facturas. Incluso hay un cuarto para ti y para el bebé, por si un día queréis quedaros.

El tono de la mujer al otro lado del teléfono se volvió frío y cortante.

- Jake, deja de hablar. No vamos a tener ningún hijo, no sólo por ti, no voy a tener ningún hijo. Aborté hace dos semanas, lo siento.- Jake enmudeció, algo dentro de sí mismo se había roto desgarrado, estaba seguro que caería a la mojada acera fulminado por algún tipo de rayo invisible.

Ya no había escuchado las disculpas de la mujer, ni siquiera le había pedido explicaciones. Colgó y se alejó tan despacio que le dio la impresión de tener los zapatos llenos de plomo. El agua chorreaba por su cara y le empapaba las entrañas, pero había algo en lo más profundo que había perdido todo su calor. Aquel ser que su esposa había tenido en sus entrañas era la única esperanza en el mundo que le quedaba. Sobre todo después de lo que vio en aquel lugar. Mientras volvía a casa se había repetido mil veces que trataría a su futuro hijo de la mejor forma que pudiera, no sólo no le faltaría de nada sino que lo cuidaría y protegería de todo mal.

Su cara hizo un amago de sonrisa, “Ilusos – pensó – son todos unos ilusos. Nos comen la cabeza con que el mayor peligro que corremos es con los terroristas que posiblemente nos atacarán cuando menos nos lo esperemos, cuando el mayor horror se esconde entre nosotros, podemos ser cualquiera. El abogado, el panadero o el tío que se sienta a nuestro lado en el metro. Los terroristas

CAPÍTULO 5

no son tan diferentes a nosotros, todos somos unos monstruos. Todos.”

Ya no le quedaba nada, y no tenía a nadie. Sólo unos compañeros que estaban más locos que él mismo, y una señora tan buena e inocente que si se imaginara lo que había hecho esa misma noche nunca más querría saber de él. No podía dar marcha atrás en el tiempo, sólo quedaba ir hacia delante, siempre, sin parar siquiera. Cada hora que pasaba dando vueltas en la cama le parecía una tortura. Había una niña que necesitaba su ayuda en algún lugar, y cada minuto que pasaba podía ser crucial para ella.

Pero ¿Qué tenía que hacer? No sabía a donde ir, y qué hacer, millones de horribles posibilidades pasaban cada segundo por su mente haciéndole imposible pensar con claridad. Sólo quería correr, esconderse debajo de la cama de su madre, como hacía de pequeño, y no salir de allí nunca. Fue entonces cuando una idea se abrió paso por su caótica mente, Jake Palucci se levantó de la cama, sacó el teléfono móvil y marcó.

Hanako caminaba sin rumbo fijo, hacía tiempo que había entrado en Little Italy, y se dirigía sin quererlo a la “esquina sangrienta”, un lugar que en los años veinte se había convertido en un sitio perfecto para hacer emboscadas. Le hubiera gustado vivir aquellos años, la gente sabía quiénes eran los malos y quienes no. Los italianos odiaban a muerte a los irlandeses; la mafia “autóctona” se había quedado con una parte de Manhattan lo suficientemente grande como para crecer como grupo, y cuando alguien o algo te molestaba ibas a su casa o lo esperabas a la salida del trabajo y le metías tres kilos de plomo entre pecho y espalda.

Incluso en Japón sabían quién era quién. Había una mayor educación entre aquellos gansters, un tinte de respeto bañaba todos sus actos, y eso mismo les hacía creerse superiores a los demás. Los que no acataban las reglas del clan preferían marcharse a Estados Unidos y crear el suyo

CAPÍTULO 5

propio, uno más moderno. No eran pocos los que huían a Norteamérica para escapar de las garras de la vengativa Yakuza, pero cuando llegaban aquí se autoproclamaban los paladines de las tradiciones japonesas. Había veces, que clanes con visión de futuro se decidían a expandirse por las costas americanas, o por las principales ciudades europeas. Aquellos eran los que tenían la cabeza más fría, porque veían su trabajo como un mero y simple negocio, el honor y las tradiciones eran importantes, pero eso formaba parte de su código de acción interno, nadie tenía porqué saber los entresijos de aquellos grupos. Mostrar debilidad ante un enemigo era considerado una gran ofensa.

Había una media de veinticinco grandes clanes en Japón, y muchísimos pequeños que solían responder a uno de los grandes, sin embargo, siempre se tenía la mentalidad de ser una suma de muchísimos clanes, cada uno con sus propias costumbres, unidos en el respeto. Aunque el gran momento para la Yakuza fue entre los años treinta y poco después de la invasión americana, siempre se estaba adaptando a las nuevas circunstancias. Aquí todo el mundo sabía quién formaba parte de un clan, tanto que hasta mil novecientos noventa y uno los clanes más grandes anunciaban con un enorme cartel la entrada a los cuarteles generales. Pero las tradiciones estaban menguando, el gobierno había creado comisiones de control de la economía, tuvieron que cambiar su nombre para convertirse más y más en una imagen corporativa. Teniendo como consecuencia que muchos de los grupos más grandes se comían a los más pequeños, quedando cada vez menos.

Su padre formaba parte de uno de esos grupos. Del clan más importante que había pisado Japón: El *Yamaguchi-gumi*. Su líder había sido Kazuo Taoka, y con él habían llegado a la cúspide del movimiento yakuza. A su muerte en mil novecientos ochenta y uno todo el mundo pensó que el Yamaguchi-gumi desaparecería, y así fue hasta que el abuelo de Hanako, Kakuji Kitano, reorganizó al clan, ya antes de la muerte de su líder, éste y el abuelo de Hanako decidieron expandirse a los Estados Unidos.

El encargado de hacerlo fue el hijo mediano de Kakuji, Yoshio, un joven con grandes planes

CAPÍTULO 5

de futuro. Para que no hubiera enfrentamientos, ni golpes como el que casi le costó la vida al fundador del clan, decidieron que las decisiones del clan fueran tomadas por un grupo de los hombres más importantes, de tal forma que todos se sintieran tan importantes como para no desear el puesto de presidente.

Lo que no había ni imaginado su abuelo es que su hijo se iba a enamorar de una hermosa americana. Realmente para la yakuza aceptar en sus filas a alguien de un origen o nacionalidad diferente no era raro, solían ser gente bastante abierta siempre y cuando respetasen las tradiciones. Pero aquella mujer defendía los derechos humanos en congresos, medios de comunicación... cualquier lugar, y si se enteraba de las actividades de su esposo no se quedaría sin hacer nada. Pero su hijo estaba enamorado, y ella embarazada. En noviembre del ochenta Kakuji Kitano tuvo su primera nieta.

Los primeros años de su vida los pasó en Los Ángeles, no recordaba nada de aquello, sólo un suave aroma que relacionaba con su madre. Después, su abuelo la reclamó para ser educada con las tradiciones del clan, el mundo estaba cambiando, y ellos debían hacer lo mismo, así que introducirían una mujer en el negocio. A los siete años Hanako viajó por primera vez en avión, estaba asustada, ¡no quería vivir en una isla! Tenía que ser sincera consigo misma, allí su infancia fue hermosa. Su abuelo se había enamorado de ella nada más verla, y le prodigaba toda clase de regalos y atenciones. Hasta que cumplió catorce años. Fue entonces cuando empezó el aprendizaje. Entrenaba kenjutsu, ninjitsu, y otras artes marciales durante cinco horas diarias, después se le enseñaban idiomas, donde demostró una gran capacidad de aprendizaje, el arte del disfraz y etiqueta. A los quince años tocó por primera vez un arma y... bueno, cuando cumplió los dieciocho su abuelo murió. Él siempre la había cuidado, su abuela se encontró triste y sola, y ella decidió pasar el máximo tiempo posible con ella.

Había llegado a la calle Lafayette cuando su teléfono sonó, era el número de Palucci.

CAPÍTULO 5

Esperó, no sabía si quería coger el teléfono, ¿Qué podía haber pasado ahora? Antes, en aquella estación abandonada, fue la única en mantener el control. Aunque a ella le había afectado de igual modo lo que habían visto allí, sabía que aquello era un trabajo y que no debía dejarse llevar por las emociones; pero tenía que reconocer que en aquellos momentos fue muy difícil. El teléfono seguía sonando, vibrando en su mano, descolgó. La voz de Palucci resonó en la cabeza de la japonesa, cerró los ojos y suspiró.

Por un instante se había perdido en sus recuerdos, eso estaba pasando demasiado en los últimos días, así que aceptó la invitación de su compañero y se dirigió hacia la parada de taxis más cercana.

No sabía si se estaba volviendo loco, daba vueltas en su lujoso salón como un animal salvaje enjaulado. Había acabado con la botella de wisky en menos de media hora y sin embargo no sentía los efectos del alcohol en su cuerpo. El terror se había apoderado de él cuando pensó que Leonor podía haber caído en aquella espiral decadente. Tenía que ser lógico, si eso pasaba, lo peor no sería lo que Leonor sufriría, sino lo que sería capaz de hacer el señor Cardone por venganza.

Todo en lo que podía pensar era en la posibilidad de que el gran capo enfocara su ira hacia él, y eso es lo que haría si a la niña le pasaba cualquier cosa. Faltaba hablar con los japoneses, sí, e incluso con los irlandeses. Pero el sentido común de Puzzo le decía que había muchas más posibilidades de que la niña estuviera en manos de alguien anónimo que con cualquier persona relacionada con la mafia. Quizá incluso estaba perdida en algún parque, llorando y llamando a su madre. Nadie sabía aún donde estaba, ni siquiera una pista, y los minutos y las horas pasaban como la arena entre los dedos, rápido, irremisiblemente hacia el olvido.

Para colmo de males, ya había roto la promesa realizada a Cardone. Ayer a esta hora había

CAPÍTULO 5

llamado a un amigo de la infancia, Rómulo Reeze, que ahora trabajaba en el FBI. Sabía por los topos que tenían en la agencia que el detective había sido trasladado a Nueva York hacía poco y que le habían mandado casos relacionados con los asuntos de su jefe. Necesitaba saber qué era lo que se cocía ahí dentro, necesitaba a alguien que realmente supiera cómo actuar en este tipo de casos, y ya que Reeze le debía muchos favores a Puzzo, y éste era el mejor momento para cobrarlos.

Lo que no se esperaba era que el detective se negara a ayudarlo. Juró por su honor que no le daría parte de lo que había hablado con él, pero que no lo ayudaría. Al parecer alguien había estado soltando el bulo de que Reeze había sido comprado por la mafia y lo tenían vigilado. Se había enfadado con él, le había insultado, amenazado a su familia y, por último, suplicado ayuda. Pero el agente del FBI ni siquiera varió el tono con el que le contestaba.

Había pensado en contratar los servicios de un detective privado, pero esos tipos le parecían mucho menos de fiar que cualquier matón de la calle. Se vendían por dinero, y eran completamente leales a quien le ofreciera más pasta. Esa misma mañana se dirigió a la calle cuarenta y dos, hacia la biblioteca de humanidades y ciencias sociales de la ciudad y sacó varios libros sobre la psicología del secuestro, criminología y mafias. Fue bastante curioso ver el ingente número de libros sobre la mafia italiana y su organización. Aún no había tenido tiempo de echarles un vistazo así que los cogió y empezó a ojearlos, pero no podía concentrarse, imágenes del horror vivido se apoderaban de su mente.

Se sentó en el sillón con la botella vacía, su mirada se perdió en el vacío y empezó a recordar.

Estaban sentados en el salón. Palucci bebía nerviosamente un vaso hasta arriba de whisky mientras observaba a Kitano, que lo miraba a su vez de una forma tan indiferente y fría que sintió

CAPÍTULO 5

un escalofrío recorriéndole la espalda. Pensaba en lo diferentes que eran ellos dos, tanto física como espiritualmente. Él aún tenía alma, los remordimientos lo atacaban con violencia cada segundo que pasaba. Ella, por el contrario, parecía completamente vacía por dentro, suponía que un asesino debía de ser así si no quería volverse loco, pero... ¿Cómo conseguirlo? Tarde o temprano la cordura debía abandonarte, pues una persona entera no podía aguantar por mucho tiempo la presión de la conciencia en el corazón. De todas formas, ella no debía sentirse culpable de nada hoy. Fueron él y Puzzo quienes habían perdido la compostura, quienes la habían cagado tan rápido que ni siquiera tuvieron tiempo de darse cuenta de lo que hacían hasta que fue demasiado tarde. Su pensamiento voló, sin percatarse, sin poner resistencia, se fue sumiendo poco a poco en un estado de semiinconsciencia y se encontró, de nuevo, en aquella boca de metro.

Hanako observaba a Palucci, habría jurado que estaba medio muerto, que había bebido demasiado si no fuera porque los había visto empezando a beber. Realmente sabía lo que le pasaba, era el peso de la culpabilidad lo que le hacía revivir su propio infierno una y otra vez. Lo conocía muy bien, ella había estado así semanas, compadeciéndose de sí misma, llorando por su desatinado destino. El bautismo oscuro, su primer asesinato.

Pero no tenían tiempo para que su compañero pasara por aquel purgatorio a un ritmo natural. Sin saber muy bien porqué, desde que salieron de allí algo la apremiaba, sabía que debía darse prisa en llegar. Pero ¿a dónde? Sus compañeros sentían asco de ella, creían que ningún sentimiento había recorrido su cuerpo cuando entraron allí. Creían que todo lo que vio le resbalaba, que para ella nada de aquello merecía perder la compostura. Se equivocaban. Su fría apariencia ocultaba una tormenta de sentimientos, pero no podía permitirse el lujo de descubrirlos, esa pequeña línea la separaba de la muerte. No pudo sino recordar, con una sonrisa amarga en los labios se sirvió un vaso de whisky y tragó. El tibio y amargo sabor se deslizaba por su garganta y, también ella, volvió a la entrada del

CAPÍTULO 5

metro.

La lluvia seguía golpeando los cristales, Puzzo cada vez estaba más desesperado. Los órdenes eran simples, investigar sin levantar sospechas, sin llamar la atención. Pero aquello les había superado. Se sentía sólo, por primera vez en su vida deseaba tener a alguien a su lado, aunque fuera para poder pagar su frustración con alguien. Nunca había sentido interés por tener pareja estable, le encantaban las mujeres, pero le parecía una crueldad tener una pareja a la que no pudieras contarle lo que has hecho durante el día. Sin embargo, en aquel frío y lúgubre salón sentía la imperiosa necesidad de abrazar a una mujer y llorar desconsoladamente en su regazo. Se echó en el mullido sofá, cerró los ojos y se dispuso a recordar los acontecimientos que, estaba seguro, perseguirían al trío durante el resto de sus vidas.

Estaban al lado de la entrada del metro de la Calle 14 con Union Square, por el lado del Union Square. Era bonita, con forma de templete se internaba en las entrañas de la ciudad. La rodeaba la plaza, extrañamente limpia, por donde aún pasaban grupos de gente de un lado a otro, entrando en el metro o yendo más allá, posiblemente buscando algún pub que tardara mucho en cerrar. Abierto en 1904, fue remodelada en los noventa, y mezclaba un estilo actual con la decoración y arquitectura de principios de siglo. Incluso Mary Miss había creado unas obras recogiendo los restos de la señalización de principios de siglo veinte y colocándolos donde el público pudiera apreciarlos. El metal trabajado destacaba frente a los paneles electrónicos que anunciaban los minutos que faltaban para que el próximo tren pasara.

Según la dueña de la “Viuda Negra”, que al principio se había mostrado reticente a compartir su información, debían contactar con un tipo que estaría sentado en el quinto banco a la

CAPÍTULO 5

derecha, justo al lado de una máquina expendedora de refrescos. Al hombre en cuestión lo llamaban “Rata” y al parecer conocía todos los rincones del oscuro metro neoyorquino. Él les pondría en contacto con el “guía” del underground. Se suponía que sin su ayuda nadie podría encontrarlo. Cambiaban de posición cada tres o cuatro días, y se avisaban mediante correos electrónicos a correos gratuitos. A los clientes, se les avisaba con un mensaje al móvil, indicándoles dónde podrían encontrar al guía.

El “Rata” era un tipejo normal, que parecía estar esperando tranquilamente el tren. Incluso miraba distraídamente la pantalla y su reloj, como si estuviera cansándose de esperar. Palucci y Hanako se quedaron esperando a unos metro de él, mirando alrededor, buscando posibles policías, que los había y muchos, y salidas para una huida.

- Ey, rata – le dijo Puzzo al hombre – ¿qué paso?

- El rata lo miró extrañado por un momento, y siguió observando el infinito. - ¿Quién te manda? No serás poli, ¿Verdad?

- No idiota, me manda La Viuda. Necesito que me digas dónde puedo encontrar al guía. – El Rata sonrió, miró hacia una esquina oscura al otro lado de la estación y volvió a sus quehaceres. – Esta noche tienes suerte, amigo, son doscientos pavos por la información – De forma descuidada, Puzzo deslizó un buen fajo de billetes en el bolsillo del informador, pocos segundos después el interpelado metía su mano en el mismo bolsillo y sonreía – Vaya, parece que tienes mucho interés por saber dónde está el guía. Es fácil, cruza la estación hasta la línea roja, en dirección Central Park. Cuando llegues allí deja caer en la papelera que tiene dibujado una cruz y que pone “Cristo volverá” un paquete de tabaco, dirígete hacia el baño de mujeres y espera dentro. Él aparecerá.

- Gracias tío.

CAPÍTULO 5

Los tres siguieron las instrucciones del hombre, tiraron el paquete en la susodicha papelera, y esperaron pacientemente en el baño. No estaba mal la idea de quedar como punto de encuentro en un baño femenino en el metro, de todos era conocido que ninguna mujer normal se atrevería a hacer sus necesidades en un antro como aquel. Pasaron unos quince minutos, Hanako empezaba a impacientarse, aunque estaba acostumbrada a esperar largas horas en lugares y posiciones mucho más incómodas que ésta, no le gustaba nada que precisamente aquel personaje tardara tanto en dejarse ver.

No pasó mucho más tiempo hasta que un hombre con pinta de vagabundo apareció en la puerta, tenía el cabello sucio y enredado, lleno de restos imposibles de identificar, no se había afeitado en meses, y lucía una barba que no desentonaba con el pelo del hombre. La ropa era una caótica mezcla de colores y formas. Una especie de poncho sucio y maloliente al que le habían cosido mangas, cubría unos pantalones rotos y llenos de manchas. Los zapatos enseñaban unos dedos negros, con unas uñas largas y sucias, su olor era indefinible, agudo y penetrante, de ese tipo que se mantiene varios segundos cuando la persona ya ha abandonado la estancia y que si dura demasiado los mareos y arcadas son inevitables. En principio Palucci estuvo a punto de echarlo de los aseos, pero justo cuando iba a hacer físico su pensamiento el hombre habló.

- No os conozco, nunca os he visto... parecéis polis. Pero... no, no lo sois, estáis demasiado desesperados. Os bastáis solos, ¿no? Sí... - le pasó libidinosa ojeada a la japonesa, que le devolvió una gélida y amenazadora mirada. – Está claro quien manda en este trío, pues me da igual, sois tres y son quinientos dólares por cabeza. Gracias, os llevaré hasta donde me permiten, después otro guía les llevará hasta el mercado en sí. No se permiten cámaras ni hacer planos, tampoco os servirían de nada, creedme. Ahora saldré yo primero, contad hasta diez y salid, id hasta la escalera norte, bajad. Me encontraréis allí.

Como hicieron con el “Rata”, siguieron al pie de la letra las instrucciones del guía. Bajaron

CAPÍTULO 5

por las metálicas escaleras hasta un rellano donde descansaba una puerta de hierro que rezaba “Prohibido el paso a toda persona ajena a la empresa”. Una mano invisible abrió el obstáculo y entraron. El vagabundo estaba al otro lado, delante suyo un lóbrego pasillo se perdía en la oscuridad. De los pliegues de su lo que parecía ser una chaqueta debajo del poncho el hombre sacó una linterna. La luz parpadeaba, y durante el trayecto tuvo que golpearla varias veces para que volviera a encenderse. Siguieron pasillos cada vez más sucios, después de diez minutos de caminata llegaron a un túnel que parecía abandonado desde hacía muchos años. Las vías estaban cubiertas de una gruesa capa de polvo que atestiguaban los años pasados sin que los raíles fueran usados por última vez. Cada poco tiempo se podían escuchar los agudos chillidos de las ratas, aunque lejanos, recordaban al extravagante grupo que ese lugar era feudo de aquellos animales.

Caminaron unos veinte metros cuando otra linterna apareció tras una columna. Al principio solo era un punto de luz, después se fue adivinando la forma de un hombre corpulento. Cuando se acercaron pudieron ver con claridad los ojos oscuros de un hombre de raza negra, alto y muy corpulento. Podría pasar perfectamente por un portero de discoteca si no fuera porque estaban a más de treinta metros bajo tierra. Les echó una ojeada y acto seguido les hizo señas para que lo siguieran, no hubo necesidad de decir nada.

Caminaron durante un buen trecho, esta vez lo hacían por lo que parecía un túnel de servicio. La profunda oscuridad sólo se rompía por la débil luz de la linterna de su nuevo acompañante. Llegaron a una nueva escalera, ésta más vieja y desvencijada que la anterior, chirriaba a cada paso que daban, y llegaron a temer que se rompiera con ellos encima.

Subieron de nuevo, y poco a poco empezaron a escuchar voces que cada vez estaban más cerca. Hanako calculó que habría, al menos, treinta personas allá arriba. La mayoría hombres. Cuando llegaron a la altura indicada lo que vieron les sorprendió. Era una vieja parada de metro abandonada, estropeada por el desuso y el tiempo. La estancia había visto claramente tiempo

CAPÍTULO 5

mejores, parecía un lugar lujoso. En las paredes, tras los graffittis podían adivinarse hermosos frescos, las columnas estaban adornadas con capiteles que recordaban a la antigua roma. El techo, incluso, aún conservaba la decoración de escayola, y las barandillas y bancos parecían sacados de un jardín, con el metal en formas redondas, acabados en hojas o en flores. Pero todo tenía ese aire, ese olor a decadencia que les dejó marcados para siempre. Los graffittis llenaban las paredes, las columnas, todo. Y ni siquiera eran de esos que a uno le agradara ver.

El lugar estaba salpicado de pequeños grupos, todos alrededor de pequeñas mantas llenas de objetos parecidos a dvds o videos. Las personas que observaban la mercancía era completamente variopinta. Desde los típicos yuppies de Manhattan hasta gente sacadas del más ruin suburbio. Podían distinguir a cuatro vigilantes, siempre atentos a cualquier movimiento sospechoso. Pero estaba claro que si había un enfrentamiento allá abajo, ellos tendrían las de perder.

El tipo que los había llevado hasta allí, les dijo que cuando quisieran salir se lo dijeran a uno de los vigilantes, y ellos les acompañarían hasta la salida. Se giró y se marchó por donde habían venido.

Se dividieron para examinar el lugar, Hanako fue al fondo, Palucci se quedó en el centro y Puzzo marchó a la parte norte. Aquello era un lucroso negocio. Había diez puestos a lo largo de la estación, todos preparados para huir si había una emboscada. Salidas, habían muchas, el problema es que si no conocías el lugar o si no tenías un plano cualquiera de aquellas posibles salvaciones podría convertirse en la tumba de los incautos. Los encargados de cada puesto te decían qué vendían, desde simple porno duro casero, hasta películas snuff venidas desde Suramérica, cosas hechas en el país o Europa.

Aunque estuvieran a varias decenas de metros bajo el suelo, en una estación vieja y abandonada, incluso aunque los puestos tuvieran aire de mercadillo grotesco, toda la organización

CAPÍTULO 5

rezumaba profesionalidad, como si aquellas personas llevaran años realizando estos mercados, y supieran muy bien qué es lo que el público busca.

Habían varios puestos relacionados con su búsqueda, pero todos eran de niños provenientes de países asiáticos o de Suramérica. Los tres se mostraban lo más impasibles posible, quizá porque todas aquellas criaturas estaban en un lugar lejano, como si el problema no tuviera nada que ver con ellos, pero sí tenía que ver, y es que posiblemente alguna de esas personas podían tener una foto de la niña, con la misma mirada de tristeza que todos ellos, con los mismos moratones en su pequeño cuerpo.

Viendo que no tenían otra opción que preguntar, se acercaron al puesto más cercano y dando un paso adelante, Kitano preguntó donde podían conseguir niñas americanas. El hombre, de unos cincuenta años, iba bien vestido, con el pelo y la barba cuidados y unas manos que contaban a quien se diera cuenta que la única herramienta que había tocado en toda su vida era un bolígrafo, ya que en su dedo corazón se podía ver un callo llamado de “escritor” bastante marcado.

El hombre miró a la japonesa y señaló a un chico joven sentado en una silla, con una carpeta de anillas sobre su regazo, que hablaba con uno de los encargados de seguridad. “Se llama Michael, pero que sepas que le va a salir muy caro señorita”

Se acercaron despacio al joven, el cual no parecía superar los veinte años, que se movía nervioso y hablaba rápidamente con su compañero, por su forma de actuar estaba claro que era nuevo en eso, al menos en el aspecto de estar de cara al “público”. Cuando estaban a sólo unos metros el chico se levantó y los saludó con una reverencia.

- Buenas noches caballeros y señora, ¿Qué puede hacer Mickey por ustedes? – se le veía ansioso por hacer negocio. Fue Kitano la que habló, Puzzo y Palucci parecían muy nerviosos, miraban alrededor, sabiendo que no saldrían vivos de allí si perdían el control. Puede que el hecho de que la

CAPÍTULO 5

japonesa decidiera tomar el control de la situación fuera porque tanto Puzzo como Palucci tenían hermanas, madre y, éste último, incluso una hija, aunque Kitano no lo supiera.

- Buenas noches, queríamos mirar qué nos podía ofrecer.

- Bien, ¿Qué es lo que buscan? Tengo de todos, niños y niñas, rubios, morenos, asiáticos, afroamericanos, hispanos, caucásicos... todo lo que busca, lo tenemos.

- Buscamos una niña, caucásica, pelo rubio y ojos azules, de entre 6 y 8 años. – Mientras Kitano hablaba su interlocutor buscaba entre fundas de plástico llenas de fotos que los compañeros evitaban mirar a toda costa.

- Una persona decidida, así me gusta. Aquí tienes, échales una ojeada y elije la que más le guste.

Palucci apartó la mirada, y Puzzo le siguió rápidamente. Sólo Kitano aguantó observando el desfile de ojos tristes, piel pálida y vidas destrozadas que tenía delante. Varias imágenes le llamaron la atención y consiguieron romper el escudo que Hanako se había construido para ese momento.

En la fotografía había una niña, estaba acurrucada en la esquina de una cama vieja, el colchón no tenía sábanas y parecía estar muy sucio. La niña tenía una mano atada a uno de los barrotes de la cama, su mirada emanaba tanta tristeza que la fría asesina tuvo que esforzarse por no agarrar del cuello a aquella persona que la ofrecía como un trofeo. El pelo rubio de la niña estaba enredado, despeinado, sus mejillas estaban manchadas de negro, y su cuerpo se encogía, desnudo, sobre el frío colchón. No tenía más de siete años.

Mientras que aquella chiquilla parecía haber llorado, en la siguiente fotografía se veía a una niña un poco mayor, quizá de diez años. Estaba tumbada en el frío suelo, la habían atado de pies y manos y por los moratones que presentaba se habían ensañado con ella. Pese al dolor que sufría, ella miraba directamente a la cámara, no pidiendo clemencia, sino retando al observador a acercarse, sabiendo que si lo hacía ella lucharía.

CAPÍTULO 5

Parecía que habían pasado horas cuando Hanako, con manos temblorosas, terminó de “ojetear” el macabro catálogo. La pequeña nieta de Cardone no estaba entre ellas. Aún así prefirió cerciorarse y sacó la foto que su abuelo le había entregado.

- ¿Ha visto alguna vez a esta niña? ¿La ha elegido alguien? – el joven cogió la foto y sus libidinosos ojos se posaron sobre la tierna niña.

- No, nunca la he tenido... es muy guapa... Pero, ¿Porqué preguntas por ella? ¿No serás algún tipo de policía o algo?

- Hanako hizo una mueca irónica, - Por supuesto, ¿No será, quizá, que quiero a alguien lo más parecida posible?

- Ahm... Así que eres de esas... ¿Cuánto pagarías por ella?

- ¿A qué te refieres? – Kitano se sobresaltó con esa pregunta, ¿significaba que aquel tipejo mentía?.

- Si pagas lo suficiente puedo encontrarla para ti, a esa misma, no una copia, sólo me tienes que decir por dónde se mueve, dónde vive... esas cosas. Mínimo doscientos mil pavos, si es muy difícil puede aumentar el precio hasta el millón. – Se acercó a Kitano, despacio, como si quisiera hacerle una confidencia – Aunque si dejas que te grabe puedo hacerte una rebaja... - En ese momento saltó Puzzo, cogió a la mujer del brazo y la apartó del muchacho. Fue él quien habló, antes de que la japonesa pudiera contestar.

- No gracias, si no encontramos otra forma nos pondremos en contacto. Pero de momento preferimos encontrarla y cogerla nosotros, está claro que usted no trata muy bien a sus adquisiciones y no queremos que la piel de la niña se estropee.

- Vaya con el tímido... parece que usted es un detallista. Me gusta... tengo otras mejor tratadas, son para mis clientes especiales. ¿Quiere verlas?

CAPÍTULO 5

- No, ahora debemos irnos. Gracias.

Puzzo tuvo que tirar tanto de Kitano, que parecía haber entrado en shock, como de Palucci, que no despegaba sus ojos del suelo. No sabía qué estaba pensando, pero creía poderla intuir por la forma que el nuevo chico de los recados de su tío apretaba sus puños, con tan fuerza que los nudillos se estaban poniendo blancos.

Avisaron al hombre que, según las instrucciones que le habían dado, les sacaría de allí. Cuando éste empezó a caminar se dieron cuenta de que estaban yendo por otro camino, seguramente para despistar no sólo al cliente, sino a los posibles investigadores. Al llegar a un túnel de servicio iluminado el hombre se giró y habló.

- Sigán recto por aquí hasta que vean una puerta en la pared izquierda, está abierta. Pasen por ella y verán unas escaleras, suban dos pisos y esperen a escuchar el ruido de un tren. Cuando esté pasando abran la puerta y se encontrarán en un baño de una estación. No se pierdan.

Giró sobre sus talones y empezó a caminar por donde habían venido, cuando estaba a unos cinco metros un disparo resonó por todo el túnel y el guía yacía muerto en el frío suelo. Puzzo y Kitano se giraron a la vez, sorprendidos, hacia donde estaba Palucci, sosteniendo una humeante pistola. Puzzo se llevó en seguida las manos a la parte de atrás de su pantalón y, evidentemente, su pistola no estaba. Había sido mucho más fácil robársela a él en vez de a su compañera, aunque ambos estaban absortos en sus pensamientos en el momento del disparo. Palucci no lo había pensado dos veces, en contra de sus dos colegas, él parecía más tranquilo, pero en su interior buscaba una manera de vengarse por todo lo que estaba viendo. Sabía que allí dentro no tendría ninguna posibilidad, con suerte podría llevarse a uno o dos de esos salidos por delante antes de que lo frieran a balazos, pero la urgencia por encontrar a la pequeña se había hecho mayor y no quería

CAPÍTULO 5

morir sin haberla encontrado primero. Cuando se iban encontró la solución. Puzzo y Kitano parecían dos zombis que caminaban por que uno le hacía fuerza a la otra y viceversa. Por si acaso, no quería arriesgarse a que la afamada asesina despertase de su letargo y se defendiera, así que optó por el sobrino del capo. Al menos uno de esos cabrones moriría, dijo, y nadie podía hacer nada por evitarlo. Quitó el seguro al arma y disparó a la cabeza. No necesitó más intentos, el cuerpo inerte de su guía caía en el frío suelo de piedra para no volver a levantarse. Jake bajó entonces los brazos, volvió a girarse y empezó a andar. Nadie dijo nada.